

Las prácticas funerarias dolménicas a través del testimonio de los monumentos de La Lora (Burgos)

Funerary Practices in the Megalithic Graves of La Lora (Burgos, Spain)

Angélica SANTA CRUZ DEL BARRIO
Universidad de Salamanca/Universidad de Valladolid
angelica.santa-cruz@usal.es
<https://orcid.org/0000-0001-6186-0328>

Germán DELIBES DE CASTRO
Universidad de Valladolid
delibes@fyl.uva.es
<https://orcid.org/0000-0002-5553-6414>

Rodrigo VILLALOBOS GARCÍA
Universidad de Valladolid
rodrigovillalobosgarcia@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-9064-1295>

Miguel Ángel MORENO GALLO
Universidad de Burgos
mamgallo@telefonica.net
<https://orcid.org/0000-0002-7600-226X>

Fecha de recepción: 21-12-2022
Fecha de aceptación: 21-03-2023

RESUMEN

El culto a los muertos es una práctica documentada en el ser humano desde tiempos prehistóricos. Uno de los fenómenos funerarios que revisten mayor popularidad dentro de la Prehistoria Reciente es el megalitismo, desarrollado en amplios territorios de Europa desde mediados del v milenio cal BC, y caracterizado por la construcción de grandes tumbas colectivas cuyo imaginario permanece en el folclore popular hasta nuestros días. En este trabajo se ofrece una interpretación de las prácticas funerarias que engloban dicho

fenómeno a partir del estudio regional del conjunto megalítico de la Lora burgalesa, en el noreste de la Submeseta Norte española. Tras décadas de estudio, que en los últimos años se ha focalizado en el análisis de las colecciones esqueléticas, ha sido posible profundizar en el conocimiento de las sociedades que enterraban a sus muertos en estas tumbas.

Palabras clave: megalitismo, prácticas funerarias, enterramientos colectivos

Topónimos: Lora burgalesa, Submeseta Norte española

Periodo: Neolítico Final, Calcolítico

ABSTRACT

The cult of the death has been a well-documented human activity since prehistoric times. A popular funerary phenomenon of Neolithic period is megalithism, developed in large areas of Europe from the mid-5th millennium BC. It is characterised by the construction of large collective tombs that have remained in popular folklore to the present day. This paper offers an interpretative approach to the funerary practices involved in this phenomenon from the regional study of the megalithic complex of la Lora burgalesa, in the northeast of the Spanish North Plateau. Decades of study, which in recent years focus on the analysis of skeletal collections, have provided us with a better knowledge of the societies that buried their ancestors in these tombs.

Keywords: megalithism, funerary practices, collective tombs

Place names: Lora burgalesa, Spanish North Plateau

Period: Late Neolithic, Chalcolithic

1. INTRODUCCIÓN

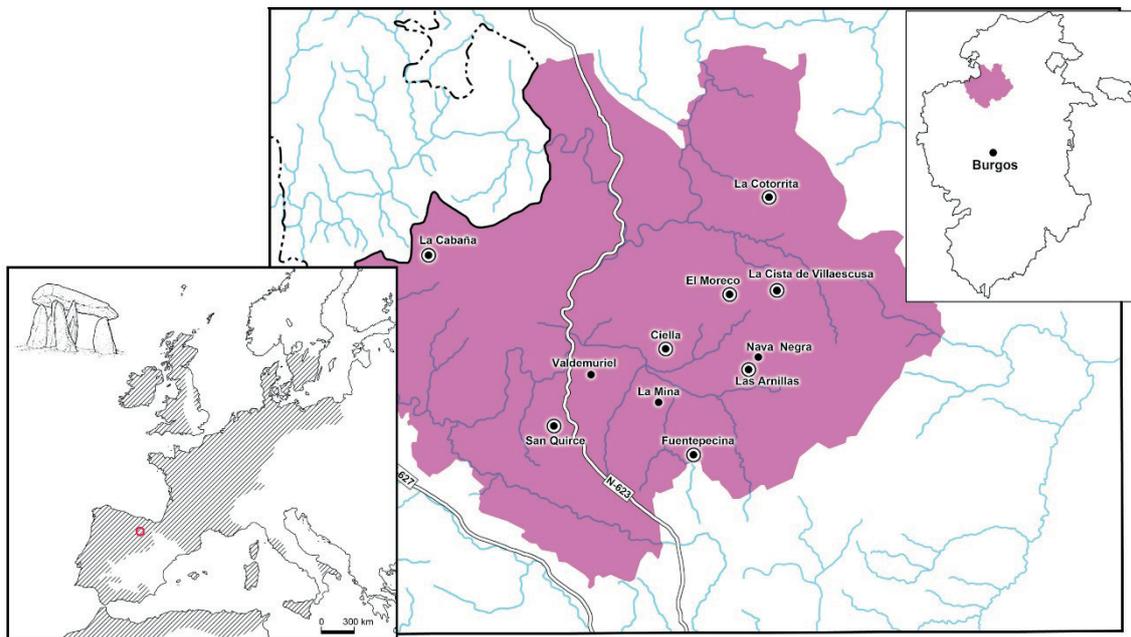
No se conoce con exactitud el origen de la creencia en la vida más allá de la muerte, ya sea en forma de ánima, alma, espíritu, etc., pero parece bastante seguro que no es un hecho privativo de nuestra especie: no solo existen varios casos de inhumaciones neandertales del Paleolítico Medio (Balzeau *et al.* 2020) sino que incluso es posible que los restos *heidelbergensis* de la Sima de los Huesos de Atapuerca sean la consecuencia de un ceremonial de enterramiento del Paleolítico Inferior (Carbonell y Mosquera, 2006). Nosotros, *Homo sapiens*, venimos dando sepultura a nuestros muertos ya desde nuestros orígenes africanos (Martinón-Torres *et al.*, 2021) y es este hecho cultural la prueba esencial de una creencia, la relacionada con la vida más allá de la muerte, que ha sido documentada por la etnografía en todas las culturas conocidas y, por lo tanto, se considera un rasgo universal del ser humano anatómicamente moderno (Brown, 1991). Todas las culturas, sean recolectoras o agrícolas, residentes en granjas, aldeas o ciudades, socialmente igualitarias o fuertemente jerarquizadas, tratan o depositan en espacios formalmente reconocidos a sus muertos.

Una de las más célebres manifestaciones prehistóricas de rituales funerarios es la del megalitismo, fenómeno cultural desarrollado por las sociedades agrícolas del Neolítico de Europa Occidental que no solo involucra los cuerpos de los fallecidos y sus ajueres, sino que también incorpora un nuevo escenario para las actividades funerarias: la arquitectura monumental. Las grandes construcciones de piedra más antiguas, como el templo o lugar de agregación de Göbekli Tepe, en el Kurdistán, se fechan a mediados del x milenio a. C. (Dietrich *et al.*, 2013), un momento muy próximo al del origen de la agricultura. Pero es en

la fachada atlántica europea donde, a partir de comienzos/mediados del v milenio a. C. (Schulz Paulsson, 2019), comienzan a erigirse colosales construcciones de piedra y tierra que, como en el caso de los túmulos bretones, alcanzan hasta veinte metros de altura y acogen el enterramiento de decenas de individuos.

Las construcciones megalíticas prehistóricas conocidas popularmente como dólmenes se registran desde tiempos inmemoriales en el folclore europeo y han sido estudiadas desde los orígenes mismos de la arqueología. Gracias a ello hoy sabemos con certeza que estos espacios monumentalizados, compuestos por grandes losas de piedra que forman cámaras y corredores y que generalmente se cubren con túmulos de tierra, se construyeron para acoger enterramientos colectivos. Pero todavía no existe una explicación unánime del megalitismo: los viejos modelos difusionistas creyeron ver en los dólmenes los templos de misioneros propagadores de cultos propios de las civilizaciones orientales (Childe, 1958), pero hoy están totalmente desprestigiados por razones cronológicas: el primer megalitismo antecede en dos milenios a las civilizaciones egipcia o mesopotámica. De ahí que convivan opiniones tan variadas como que los dólmenes fueron un mecanismo de reclamación territorial en contexto de presión demográfica (Renfrew, 1976), el escenario de una presunta representación de igualitarismo social (Tilley, 1984) o un simple sucedáneo simbólico de la aldea sedentaria (Sherratt, 1990).

Figura 1. Extensión del fenómeno megalítico europeo (v- iv milenio a. C.) y localización del foco de Sedano-La Lora, en el noroeste de la provincia de Burgos



La imagen popular, casi romántica, del megalitismo enfatiza la idea de los dólmenes como tumbas familiares estrictamente igualitarias y abiertas, es decir, diseñadas para su utilización recurrente durante generaciones, lo que les ha valido el sobrenombre de “tumbas para la eternidad”. Pero no faltan pruebas del relativismo de esta asunción: hay estudios antropológicos de los osarios que demuestran que no todas las personas del grupo gozaron del derecho a ser enterrados en el dolmen (Masset, 1987). Son investigaciones de ADN antiguo probatorias de que, aunque haya dólmenes con parientes de primer grado entre sus inquilinos, tal no sucede sistemáticamente (Sánchez-Quinto *et al.*, 2019). También hay estudios de ajuares que demuestran que, si bien muchos megalitos acogieron a

grupos relativamente igualitarios, hubo algunos enormes túmulos con riquísimos ajuares exóticos que revelan la existencia de puntuales momentos de desigualdad social (Furholt y Müller, 2011). La moderna arqueología ofrece nuevas fuentes de información con las que interrogarse sobre estas cuestiones y con las que generar interpretaciones menos generalistas y más concretas. Uno de los casos de estudio que más está aportando en los últimos años es el de los dólmenes de la Lora burgalesa.

La existencia de megalitos en las loras o parameras del noroeste de Burgos se conoce desde hace siete décadas, a raíz del descubrimiento del dolmen del Moreco (Huidobro, 1957), pero fue en los años 70 y 80 del siglo pasado cuando, en el marco de un proyecto de investigación de la Universidad de Valladolid, se documentó una importante concentración de tales monumentos en el entorno de Sedano, y surgió la oportunidad de efectuar excavaciones en una decena de ellos (Delibes, 2000). Se trataba de los primeros dólmenes registrados en el este de la Meseta septentrional. A resultados de tales trabajos fue posible reconocer sus rasgos constructivos, similares a los de los megalitos riojanos, captar su evolución estructural y acreditar la originalidad de sus ajuares, así como situar su antigüedad en los primeros siglos del IV milenio a. C. (Delibes *et al.*, 1993; Rojo, 1993). Sin embargo, la obsesión por dar respuesta a estas cuestiones, candentes en la arqueología de la época, hizo que aquellos trabajos se desentendieran del estudio de los osarios, carencia subsanada finalmente en la tesis doctoral de uno de nosotros. Este trabajo, clave para comprender el funcionamiento de los dólmenes lorriegos, ofrece además el interés de cuestionar algunos de los estereotipos sobre las prácticas funerarias megalíticas (Santa Cruz, 2022).

Hoy los dólmenes de esta zona, que se concentran en los términos de Los Altos, Sargentas de La Lora, Tubilla del Agua y Valle de Sedano, merecen la atención de un programa intermunicipal de estudio, conservación y difusión que responde al nombre de "Territorio Megalítico" (Moreno *et al.*, 2021).

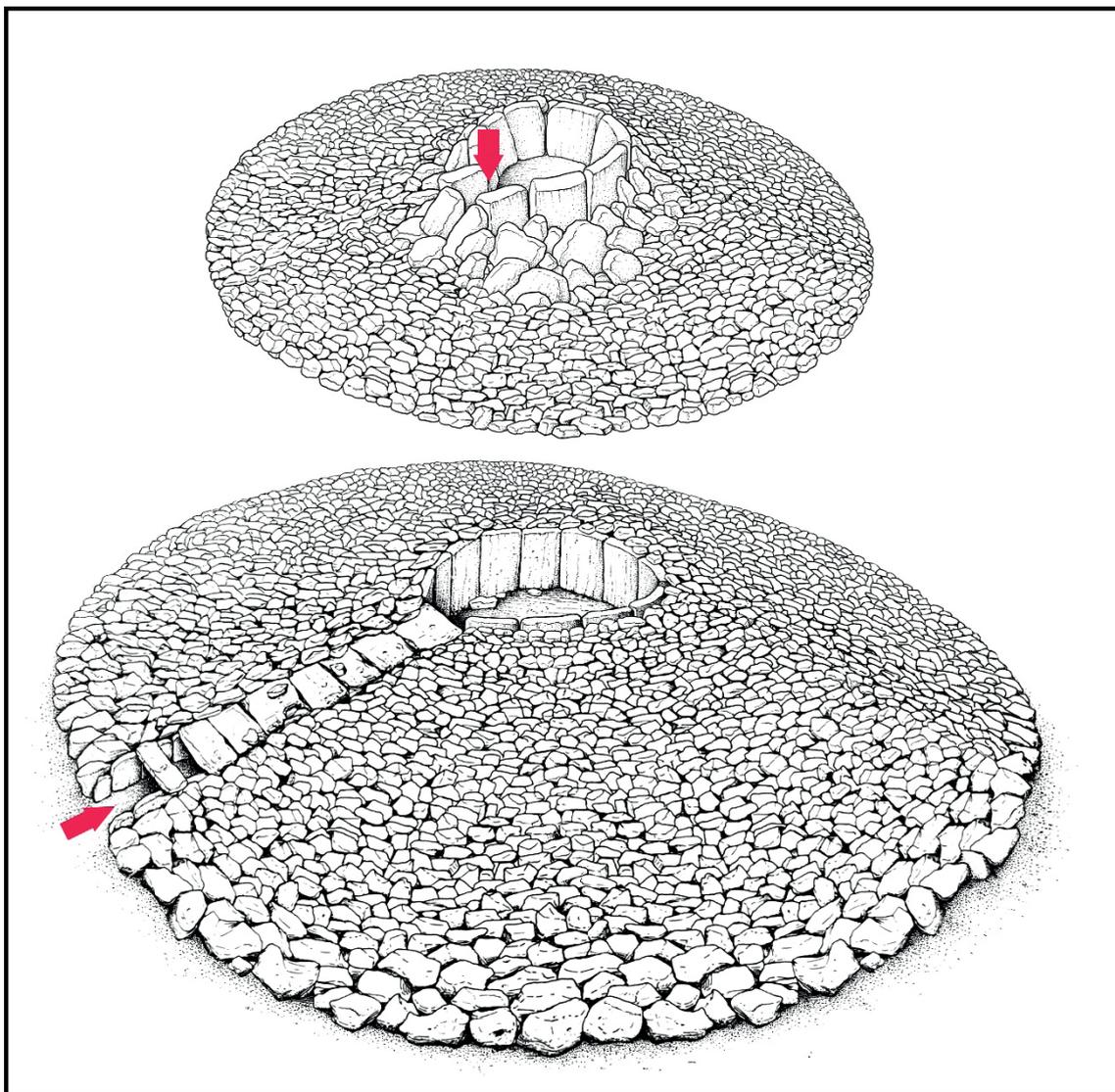
2. PANTEÓN Y MAUSOLEO: CONSTRUCCIÓN Y EMPLAZAMIENTO DE LA TUMBA MONUMENTAL

Los dólmenes o sepulcros megalíticos, en tanto monumentos proyectados *ad futurum* para acoger enterramientos sucesivos, merecen la consideración de panteones, aunque fueron también construcciones erigidas originalmente en honor de un personaje preclaro y a la postre mítico, el fundador, lo que los convierte asimismo en mausoleos. Fueron, en cualquier caso, contenedores de cadáveres que, además de solventar problemas de higiene y sanitarios, estaban al servicio de unas creencias y actuaban como escenario de unos ritos ilustrativos de la actitud de los vivos ante la muerte. Pero tampoco estos, los supervivientes, que eran los verdaderos protagonistas del funeral (porque los muertos no viven su muerte), dejaron escapar la oportunidad, como advirtió Renfrew, de utilizar simbólicamente las sepulturas megalíticas con aspiraciones temporales, por ejemplo, como elementos de reivindicación territorial.

Con frecuencia, debido a su antigüedad, los dólmenes se presentan como ruinas inestables, pero en origen fueron edificaciones bien ajustadas constituidas por grandes losas verticales u ortostatos que actuaban como paredes de una cámara de planta poligonal más o menos regular. Tales pilares sostienen además una techumbre, que no siempre es plana, alertando de que no todos los sepulcros megalíticos fueron auténticos dólmenes (en bretón, 'mesas de piedra'). Y el conjunto de la construcción, finalmente, se infrapone a un montículo de tierra y piedras brutas, el túmulo, con el que se afirmaba la arquitectura ciclópea subyacente, se multiplicaba la visibilidad del monumento y se convertía a la cámara en una cripta, en un *locus* funerario subterráneo y sagrado, aislado del ámbito terrenal.

Los dólmenes lorigos reproducen básicamente este esquema universal, pero con algunas particularidades (Delibes y Rojo, 2002; Martín-Vela *et al.*, 2021): las cámaras son poligonales, de marcada tendencia circular; sus cubiertas, en vez de planas y monolíticas, fueron de madera y ramaje, apoyadas en un poste central; los túmulos son de planta redonda u oval y adoptan un volumen troncocónico; a espaldas de la cámara y a modo de refuerzo cuentan con un anillo de bloques o peristalito; y la superficie tumular se protege, por último, con una coraza de piedras medianas para evitar la degradación del montículo terrero. Una doble gran ventaja para los constructores de nuestros dólmenes es que en La Lora las canteras de los necesarios ortostatos proliferan por doquier, minimizando el problema del transporte, y que dichas grandes losas se presentan en estado natural considerablemente formateadas, por proceder de diques de calizas cretácicas tabulares con planos de estratificación muy definidos.

Figura 2. Recreación arquitectónica de los dos modelos dolméricos registrados en La Lora (Burgos): arriba, dolmen simple, de tipo Fuentepecina 2, con entrada vertical; abajo, sepulcro de corredor tipo las Arnillas. Las cámaras de ambos contaban con una techumbre de madera y ramaje, no representada



Si llamar dólmenes a nuestros monumentos peca, como vimos, de inexacto, por carecer de cubiertas monolíticas planas, tampoco el término *sepulcro megalítico*, más correcto, resulta expresivo de su funcionamiento. En este sentido, aunque apenas haya tradición de uso en España, es más explicativa la expresión *tumbas de cámara*, empleada por los prehistoriadores británicos, que resulta aplicable a la mayoría de los sepulcros megalíticos, y que enfatiza, por un lado, su condición de tumbas abiertas de uso prolongado, y por otro, de estructuras huecas en las que se practican enterramientos en espacio vacío, no necesariamente inhumaciones (por ejemplo, Thomas, 1991; Barrett, 1988). En tanto tumbas abiertas y de uso recurrente, es comprensible que los dólmenes de La Lora se dotaran de accesos explícitos que, atravesando la barrera del túmulo, conectara a vivos y muertos. En los dólmenes mayores y, por lo general, más tardíos, como las Arnillas, la Cabaña y el Moreco, se habilitó para ello un *dromos* o pasillo hueco, con paredes y cubiertas megalíticas, que unía la periferia del túmulo y la cámara, y que justifica su adscripción a un modelo megalítico universal, el “sepulcro de corredor”. En cambio, en los modestos dólmenes simples, la entrada fue más discreta, quedando reducida a una pequeña escotilla vertical anexa a la cámara, como la documentada en Fuentepecina 2 (Delibes, 2010). Los túmulos de los mayores sepulcros de corredor, que llegan a tener 30 m de diámetro y más de 2 de altura, contienen cámaras de dimensiones igualmente notables (plantas de 10/12 m² y un volumen cercano a los 25 m³), para cuya construcción se emplearon ortostatos de varias toneladas; en cambio, las losas mayores de los minidólmenes de Fuentepecina no alcanzan el metro de altura. Las diferencias de envergadura son, pues, muy acusadas; demasiado, seguramente, para continuar hablando en el segundo caso de “monumentos megalíticos”. Sin embargo, no falta razón para seguir haciéndolo: repiten la misma condición de tumbas de cámara abiertas y de panteones colectivos que los más monumentales sepulcros con pasillo.

Tras serles reconocida su anterioridad respecto a las pirámides de Egipto, de los dólmenes del oeste de Europa, se dice que constituyen la primera arquitectura monumental de la historia. La frase, aunque ampulosa e inexacta, porque ya hemos visto que anteriores a ellos fueron los santuarios de Göbekli, se ha convertido en un eslogan con el que dejar constancia del colosalismo de las construcciones, sin prestar demasiada atención ni a la etimología de monumental (de *monere*, ‘recordar’, ‘hacer pensar’) ni al más estricto significado de *monumentum* (‘medio e instrumento para la memoria’). Así y todo, la muletilla resulta útil para reconocer el importante esfuerzo al que obligó la construcción de estos sepulcros, que, en el caso de los mayores de La Lora, a juzgar por el volumen de tierra acarreado para los túmulos, se calcula en 5000 horas-persona, o lo que es lo mismo, con todas sus posibles combinaciones, en la intervención de una cuadrilla de 20 trabajadores durante 250 horas (Villalobos, 2016; Moreno *et al.*, 2020: 96-106).

La frialdad de estas cifras cobra más sentido si se considera la débil densidad de población registrada en La Lora por entonces, aunque apenas sepamos de ella a través de argumentos *ex silentio*: los lugares de habitación localizados tras más de seis lustros de prospección, con una huella arqueológica muy leve, como en la Nava de Rehoyo, a un par de kilómetros de distancia del dolmen del Moreco, son contados y muy pequeños, circunstancias ambas deladoras de una bajísima densidad demográfica (Delibes *et al.*, 2011). Y como, además, los dólmenes se suelen mostrar aislados –por regla general un solo ejemplar en cada páramo o sector de páramo bien individualizado por la red fluvial-, la lógica sugiere que la titularidad de cada monumento correspondía a un minúsculo grupo social, de muy pocos efectivos. De esta manera, la observación de que los mayores dólmenes loriegos requirieron del trabajo de cuadrillas de varias decenas de operarios nos lleva a concluir que la erección de tan monumentales panteones solo fue posible en régimen de cooperación intercomunitaria.

Los constructores megalíticos concedían gran importancia al emplazamiento. En La Lora, paisaje de vastos altiplanos flanqueados por valles estrechos y muy profundos –los del alto Ebro, el Rudrón y el Moradillo, en los que se asienta la mayor parte de la población actual–, los dólmenes se sitúan sistemáticamente en los primeros, lo que puede obedecer a varias razones. Una, que la vida cotidiana de las comunidades titulares de los monumentos se desenvolvía fundamentalmente en la paramera: allí estaban sus modestos hábitats. También, a juzgar por el registro polínico subtumular del Moreco, sus campos de cultivo de cereal y por allí, por sus inmediaciones, discurrían asimismo los principales ejes de desplazamiento (Rojo, 1990; Moreno, 2004, Villalobos *et al.*, 2014). Pero la reclamación de cierta centralidad en el teatro de operaciones de los vivos venía impuesta también por la propia naturaleza del dolmen como morada de los antepasados: si los despojos de estos se custodiaban dentro del panteón y exentos, en vez de inhumados en cualquier otro lugar y despedidos para siempre, así era por la necesidad de los deudos de seguir en contacto con ellos. Esto aconsejaba dotar al monumento funerario de cierto protagonismo espacial, hecho que por principio excluía como emplazamiento los angostos pasillos fluviales donde su presencia habría pasado desapercibida. El dolmen, entonces, se ubicará por sistema en algún punto llamativo del paisaje y, nada inocentemente, siempre en las inmediaciones de las mejores tierras agrícolas del páramo (dolinas, hondonadas inundables, navas...), reforzando la idea de que fueron al mismo tiempo sepulturas, estandartes étnicos de los propietarios e hitos o símbolos de propiedad territorial, esto es, elementos de disuasión ante hipotéticos competidores.

Figura 3. El dolmen de la Cabaña (Sargentos de La Lora) se localiza en el centro de una amplia y feraz nava por la que discurre el arroyo Navazal



Pero en la elección del páramo intervinieron también razones menos prácticas, relacionadas con el mundo de las creencias. El reconocimiento de la sacralidad del sepulcro megalítico como morada de los antepasados presupone que en su entorno se desarrollaban actividades ceremoniales. En ocasiones pudieron ser ritos de fundación, purificadores, a juzgar por la existencia bajo los túmulos de huellas de incendio asociadas a algún material

arqueológico (Rojo, 1993). Pero estas habrían sido ceremonias igual de realizables tanto de estar situados los dólmenes en el páramo como en el valle. Existe, sin embargo, un detalle estructural de los sepulcros de corredor de La Lora, su perfecta orientación al orto solar en el solsticio invernal, el cual, de no ubicarse los megalitos en espacios altos y de amplios horizontes como los páramos, no produciría el efecto deseado, que no era otro que conseguir que los primeros rayos del sol del invierno embocaran el pasillo y se adentrasen por él para iluminar el fondo de la cámara (Gil-Merino *et al.*, 2018). Este espectáculo de la luz no habría sido posible de localizarse los dólmenes en los estrechos valles limítrofes de la paramera, por cuanto el primer sol directo que incide sobre ellos es ya un sol alto, casi de mediodía, cuyos rayos, a diferencia de los rasantes del amanecer, solo habrían conseguido incidir sobre la techumbre de los monumentos, sin la menor oportunidad de alumbrar sus entrañas. El fenómeno del solsticio invernal, revelador de los conocimientos astronómicos de los constructores de nuestros dólmenes y lleno de simbolismo, tiene también el interés de trasladarnos a la esfera de las creencias y de ponernos en la pista de rituales de fecundidad –la luz solar como semilla para el renacimiento, el dolmen como útero de la Madre Tierra (Gallay, 2006: 86)–, perfectamente razonables en cualquier comunidad campesina.

Figura 4. Aspecto del túmulo que recubre el sepulcro megalítico de las Arnillas (Moradillo de Sedano). Vista desde la entrada al corredor



3. NO TODOS IGUALES ANTE LA MUERTE: EVIDENCIAS DE UN RECLUTAMIENTO SELECTIVO DE CADÁVERES

Acostumbra a decirse de los dólmenes que, en tanto sepulturas de sociedades segmentarias de tendencia igualitaria, estaban destinados a acoger los restos mortuorios de la totalidad de los miembros de la comunidad titular, dando a entender que todos ellos recibían el mismo trato ante la muerte. Son cada vez más los datos, sin embargo, que inducen a discrepar de este planteamiento, por lo que una de las principales preocupaciones del estudio de los osarios de los sepulcros de La Lora ha sido, precisamente, dilucidar si en el panteón fueron enterrados todos los que fueron o solo una parte de ellos, y en paralelo, determinar la incidencia de posibles discriminaciones por razones de edad, sexo y categoría social.

Figura 5. Osario de la cámara del dolmen de las Arnillas (Moradillo de Sedano) durante el proceso de excavación. Se aprecian conexiones anatómicas, por ejemplo, de una pelvis y de unas vértebras, en el paquete de huesos localizado en la esquina inferior izquierda de la fotografía

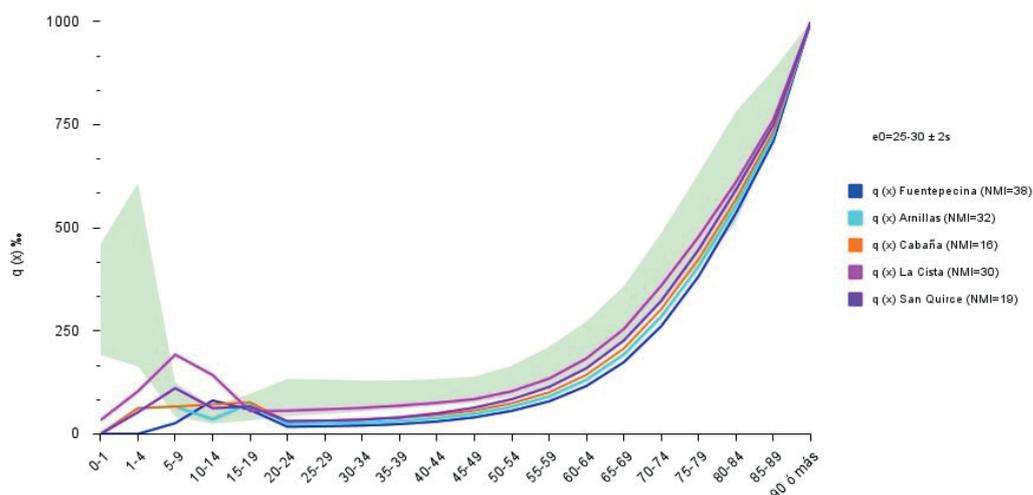


La sospecha de que el dolmen acogía a solo una fracción de los muertos de la comunidad titular se basa sobre todo en la infrarrepresentación, cuando no ausencia absoluta, de individuos infantiles, hecho que revelaría la aplicación de un patrón de enterramiento selectivo (Masset, 1987), un patrón difícilmente compatible con un esquema demográfico arcaico, en el que la mortandad infantil siempre supera con creces a la adulta (Ledermann, 1969; Livi-Bacci, 1990) y que no cabe atribuir al azar (por ejemplo, a la mala conservación y pérdida de los huesos de individuos inmaduros) pues se repite, además de en la Meseta norte española, en el Pirineo occidental y en otros puntos de Europa (Guerra *et al.*, 2009; Fernández-Crespo y de La Rúa, 2015 y 2016). Puntualmente, también se han señalado desequilibrios anómalos en las tasas de varones y mujeres (por ejemplo, Delibes, 1995), aunque en modernos trabajos sobre megalitos del sur de la Península y de Portugal se insiste en la inexistencia de una desproporción exagerada entre sexos (Silva, 2003; Becket y Robb, 2006; Smith y Brickley, 2009; Bueno *et al.*, 2010). Y, por último, la hipótesis de que en los dólmenes pudiera haber regido un reclutamiento selectivo de cadáveres vuelve a cobrar sentido a la vista de la suntuosidad de los ajuares que a veces acompañan a los muertos y que, por su condición de bienes de prestigio, sería lógico suponer solo al alcance de unos pocos individuos de superior estatus (Guerra *et al.*, 2009; Villalobos, 2014).

3.1. Para iluminar este debate hemos recurrido al análisis paleodemográfico de una decena de osarios megalíticos de La Lora, aplicando modernas metodologías y sirviéndonos de técnicas punteras de estimación de sexo y edad (Ferembach *et al.*, 1980; Masset, 1971, 1973 y 1982; Chamberlain, 2006 y 2009; Séguy y Buchet, 2013). Y aunque el carácter

incompleto de las colecciones continúa siendo una rémora para este tipo de investigación, no puede negarse que las modernas lecturas cuantitativas de los osarios han contribuido decisivamente a acreditar el uso selectivo de nuestros monumentos.

Figura 6. Coeficientes de mortalidad de los sepulcros analizados de La Lora en comparación con los valores de mortalidad arcaica (Ledermann, 1969 –en verde–). En La Cabaña el NMI asciende a 17 individuos, pero se excluye un individuo de la serie dolménica por presentar una datación de periodo histórico



Con el fin de chequear la posible infrarrepresentación de individuos infantiles, nuestro estudio ha priorizado la identificación de restos correspondientes a este grupo de edad. Ante el temor de que tal infrarrepresentación pudiera deberse a problemas de conservación de los huesos inmaduros, hemos acudido sobre todo como fuente de información etaria al registro de las piezas dentales. Concretamente, el protocolo seguido para estimar la edad en subadultos se ha basado en los estudios de desarrollo dental de AlQahtani y otros (2010 y 2014), aunque sin perder de vista el grado de maduración de otros huesos. Menos sencilla ha resultado la clasificación por grupos de edad de los adultos, de un lado porque los marcadores esqueléticos al respecto son bastante ambiguos y de otro porque, aparte de los años, hay muchos otros factores, desde nutricionales y patológicos a genéticos, que modifican la velocidad de la degeneración ósea. Y, además, como básicamente se estudian huesos descoyuntados, nos enfrentamos al problema añadido de no poder cotejar simultáneamente en un mismo cuerpo el posible carácter complementario de las observaciones individuales. Por tanto, las categorías de edad de individuos adultos en este estudio son aproximativas y ofrecen información meramente anecdótica para el análisis demográfico.

Y, por lo que a la determinación del sexo se refiere, la acusada fragmentación de los huesos y su parcial representación anatómica también obligan a actuar con cautela. Dejando de lado el problema de una clasificación exclusivamente binaria del sexo/género, en todos los grupos poblacionales de nuestra especie se acredita un dimorfismo sexual sobre el que determinar el sexo, siendo la pelvis el mejor elemento diagnóstico (Ferembach *et al.*, 1980; Cintas y Herrero-Corral, 2020). Sin embargo, en ausencia de esta, nos hemos visto forzados a prestar también atención a otras áreas esqueléticas menos definitorias, con cierto riesgo de incurrir en estimaciones erráticas y solo probables.

3.2. Los resultados obtenidos son bastante desiguales. Dólmenes como el Moreco, Ciella o la Cotorrita apenas han aportado datos relevantes, por tratarse de yacimientos

saqueados y con colecciones óseas muy exiguas: el número mínimo de individuos (NMI) se reduce a 5 adultos y un infantil en cada sepulcro. En el extremo opuesto en cuanto a tamaño de la muestra se sitúan las Arnillas, la Cabaña y San Quirce, todos también sepulcros de corredor, con 32, 17 y 19 individuos, y porcentajes de subadultos ligeramente superiores, en torno al 25%. Por otro lado, en los dólmenes simples de Fuentepecina, con 38 individuos, la proporción de infantiles solo llega al 11%, lo cual supone de nuevo una clara infrarrepresentación de población no adulta. Esta, sin embargo, no resulta tan acentuada en la cista de Villaescusa, con una de las mayores colecciones óseas y un NMI de 30, donde el porcentaje de individuos subadultos se eleva al 43%, una cifra todavía muy baja pero significativamente mayor que la de los restantes yacimientos.

Tras el cálculo del mínimo de individuos en cada dolmen y su clasificación por edades, el objetivo del estudio era comprobar si realmente la ausencia de infantiles que *a priori* se observa en cada tumba podía responder a una restricción intencional y pautada para este grupo de edad. El estudio demográfico, para el cual se requirió de un reparto quinquenal de las edades acorde al esquema de mortalidad arcaica (Sellier, 1996; Fernández-Crespo y De la Rúa, 2015 y 2016), demostró un déficit sistemático de menores de 5 años en todos los sepulcros. La alta mortalidad infantil sistémica, que se asocia fundamentalmente a dos factores, la crisis nutricional producida por el cambio de alimentación durante el destete y la inmadurez del sistema inmunológico (Livi-Bacci, 1990; Larsen, 1995), suele no tener reflejo en las series funerarias prehistóricas, por lo que ha sido muy comentada en la literatura arqueológica (Acsádi y Neméskeri, 1970; Stloukal, 1974; Bocquet-Appel y Masset, 1977; Masset, 1987; Alesan *et al.*, 1999; Silva, 2003; Fernández-Crespo y De la Rúa, 2016), y es el origen de la creencia de que tantas y tan previsibles muertes prematuras seguramente privaron a los individuos perinatales de reconocimiento social y fueron la causa de que se les dedicara una despedida diferente (*¿un antifuneral?*) de la dispensada a sus mayores. No se trata, en todo caso, de un fenómeno exclusivo de nuestros dólmenes, pues se repite en otros muchos focos megalíticos –por ejemplo, la Rioja Alavesa (Fernández-Crespo y De la Rúa, 2015 y 2016), Andalucía (Díaz-Zorita, 2013; Díaz-Zorita *et al.*, 2016 y 2017) o el valle del Duero (Zapatero, 2012 y 2015)– y en la mayoría de los enterramientos colectivos tardoneolíticos peninsulares, aunque no en las cuevas sepulcrales de la Sierra de Cantabria, tan próximas espacial y cronológicamente de los dólmenes riojanos (Fernández-Crespo y De la Rúa, 2016).

Únicamente el osario de la cista de Villaescusa se aparta de la tónica anteriormente descrita: recordemos que el porcentaje de subadultos superaba allí el 40% y triplicaba el de otras tumbas, lo cual, pese a ser todavía una tasa de mortalidad infantil muy baja, basta para verlo como un sepulcro en el que rigieron unas “normas” de enterramiento particulares. Tal vez ello guarde relación con la mayor modernidad del yacimiento (es, como veremos, uno de los dólmenes más tardíos de La Lora), lo que da pie a pensar que en los momentos finales del megalitismo los niños menores de 5 años comenzaron a gozar del reconocimiento social que se les venía negando. En cualquier caso, el cuadro demográfico registrado en la cista de Villaescusa es único en la serie estudiada.

Otro hecho que destacar es la relativa abundancia de individuos infantiles más crecidos y de adolescentes (entre 5 y 14 años), por lo que supone de sobrerrepresentación –en teoría debería ser una de las edades con tasa de mortalidad más baja– respecto a un esquema ideal de mortalidad arcaica. Nos inclinamos a entender, sin embargo, que el dato, lejos de ser un reflejo fiel de la realidad funeraria megalítica, es simple fruto de una descompensación estadística que se repite en la clase de los adultos, aunque en sentido inverso: muestran un marcado déficit en comparación con los patrones de mortalidad preindustrial. Se trata del mismo fenómeno observado en otras colecciones megalíticas y, como apuntan T. Fernández-Crespo y C. De la Rúa (2015 y 2016) a propósito de los osarios dolméricos de la Rioja Alavesa, es muy posible que el susodicho déficit de representación de grupos

adultos sea el causante de la falsa impresión de que existe un exceso de infantiles mayores de 5 años. En todo caso, como conclusión y basándonos en la información etaria, se confirma que en La Lora rigió un patrón selectivo en el reclutamiento de los muertos dolménicos y que la discriminación fue muy severa en el caso de los niños menores de cinco años, pero que se extendió también, sin saber bien con qué criterios, al resto de los grupos de edad.

Por otro lado, también parece detectarse una discriminación por sexos, ya que casi todos nuestros sepulcros muestran una sobrerrepresentación de varones. Esta mayor presencia masculina, comprobada también en otros megalitos del norte de la península ibérica (Delibes, 1995; Delibes *et al.*, 1993, Rojo *et al.*, 2005) podría dar cuenta de una exclusión o por lo menos de una restricción del acceso de las mujeres al panteón, en términos parecidos a lo anotado para el grupo de los niños más pequeños, lo que significaría de nuevo la marginación de un determinado segmento social del ámbito público de la comunidad. Sin embargo, la distribución de sexos en los 38 individuos de los cuatro sepulcros de Fuentepequina –que ofrecen la particularidad de ser dólmenes simples y de aparecer agrupados formando una pequeña necrópolis– es muy distinta, al ser ligeramente superior la proporción de mujeres a la de hombres. Una posible lectura es que la norma de enterramiento aquí observada, en cuanto a selección de sexo, fuera distinta de la del resto de los dólmenes; pero, de momento se impone una lectura más prudente dados los graves problemas de conservación en los osarios de estos yacimientos.

En definitiva, de la alteración de los parámetros propios de una demografía arcaica se infiere la existencia de un patrón de enterramiento restringido a determinados miembros de la comunidad. Y este reclutamiento selectivo refuerza la idea de que los contextos funerarios dolménicos son reflejo de una sociedad en cierto modo asimétrica, en la que el privilegio de enterrarse en las tumbas colectivas estaría reservado a unos pocos; mas esta es una cuestión que no puede dejar al margen una valoración de los ajuares funerarios.

3.3. Los restos esqueléticos son una fuente de información esencial para averiguar las condiciones de vida de las personas que en su día fueron; pero, además de “estómagos con patas”, los humanos somos también seres culturales y utilizamos distintos medios para expresarnos, entre ellos múltiples objetos que consiguen sobrevivir en el registro arqueológico. En este sentido, los ajuares funerarios o artefactos que acompañan a los difuntos en su depósito final constituyen la expresión de un mensaje que puede ser ilustrativo de la condición de la persona, de cómo se autoidentifica, de cómo es reconocido por la comunidad o de qué rango ocupa en el grupo (Binford 1971).

La arqueología prehistórica se ha interesado sobre todo por la capacidad que tienen los ajuares para informar sobre el rango social de los difuntos, entendiendo que determinados objetos, bien porque su elaboración exigiera invertir un trabajo sustancialmente mayor que el necesario para su estricta funcionalidad (Clarke, 1978), bien porque fueran trabajados sobre materias primas raras o exóticas que proceden de intercambios a larga distancia (Renfrew, 1972), funcionaron como elementos de prestigio. Lo lógico es que tales elementos estuvieran al alcance de solo una minoría de personas, por lo que nos encontraríamos ante marcadores de rango social.

En el caso de nuestros dólmenes la mayoría de los elementos de ajuar son láminas, microlitos y puntas de sílex, así como hachas pulimentadas de piedras duras, es decir, utensilios funcionales (Delibes *et al.*, 1993). También son comunes ciertos elementos de adorno como cuentas o colgantes, en su mayoría elaborados sobre materiales locales y asequibles (por ejemplo, hueso, cuarzo, lignito o calcita). Pero hay, igualmente, aunque en mucha menor cuantía, elementos de adorno elaborados sobre materiales exóticos, como cuentas de pizarra –contadas en la Cabaña, la cista de Villaescusa y la Mina, pero que suman centenares en los sepulcros de Fuentepequina–, conchas marinas perforadas –*triviae* en las

Arnillas y *dentalia* en Fuentepecina– o fragmentitos de ámbar de las Arnillas (Guerra *et al.*, 2009). Mención aparte merecen los adornos sobre minerales verdes, igual de escasos, que una vez caracterizados mediante análisis fisicoquímicos se han revelado como talcos (cista de Villaescusa, la Cabaña, Fuentepecina II y Fuentepecina III), variscita (Fuentepecina II), moscovita (la Cabaña), crisotilo (cista de Villaescusa) y clinocloro (Fuentepecina III) (Rojo *et al.*, 1995, Villalobos, 2015).

Figura 7. Cuentas azabache del ajuar funerario de la cista de Villaescusa



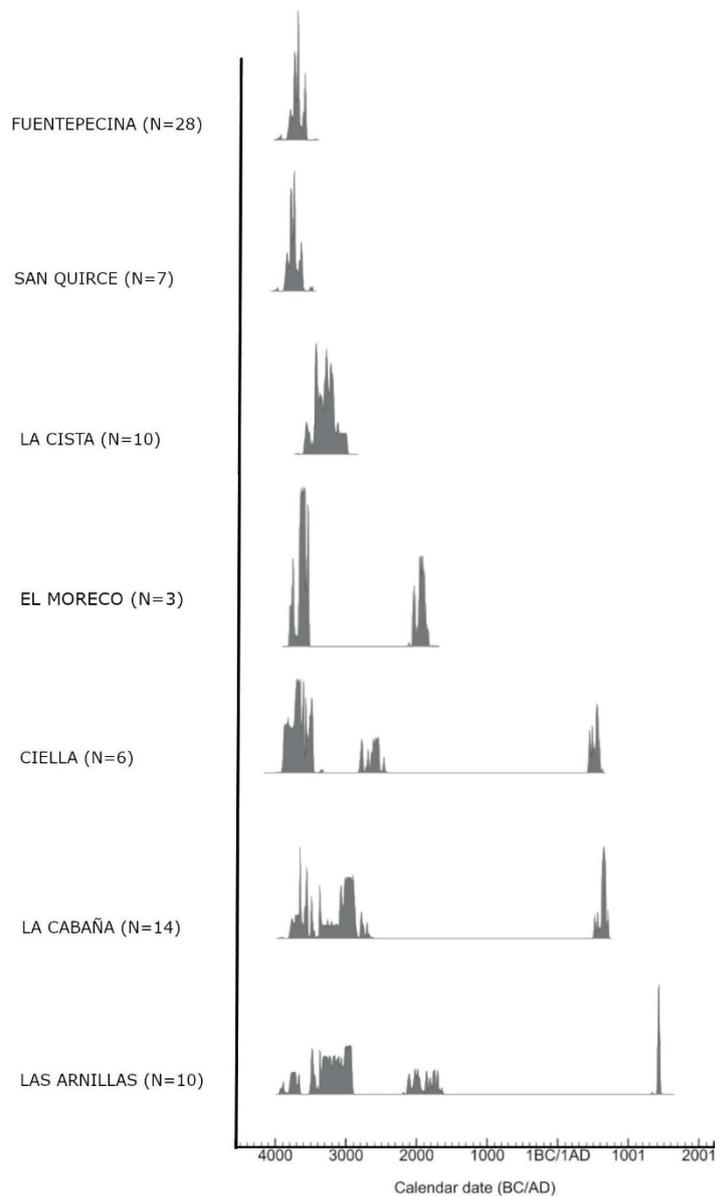
Estos raros materiales proceden de distancias más o menos lejanas, desde el mínimo medio centenar de kilómetros que separa las Loras de los afloramientos de pizarra de la sierra de la Demanda o la Pernía palentina, pasando por el centenar de kilómetros hasta el afloramiento de talco de Peña Prieta, y hasta los casi doscientos cincuenta kilómetros que distan las Loras de las minas prehistóricas de variscita del Aliste zamorano. En todo caso materiales exóticos que seguramente se hayan intercambiado en circuitos en los que se repiten otros materiales, como los colgantes de colmillos de jabalí, trivias o lignito, y que sin duda actuaron como símbolos de estatus de una minoría de personas más prestigiosa que el resto de los individuos –ya de por sí privilegiados– enterrados en los dólmenes (Villalobos, 2016).

4. ¿TUMBAS “PARA LA ETERNIDAD”?

Partiendo del cálculo del NMI representado en las colecciones osteológicas, llevamos a cabo también un proyecto para fechar por radiocarbono las secuencias de uso de cada dolmen. No eran las primeras dataciones de C-14 obtenidas para nuestros monumentos, pues se contaba de antemano con una serie, sobre carbones infratumulares, que situaban el momento de construcción de la mayoría de ellos como mínimo a partir del v milenio a. C. (Delibes y Rojo, 1997). Además, mientras las fechas de sepulcros simples como Fuentepecina o el arcaico megalito con pasillo de Valdemuriel se remontaban al 4300-4000

a. C., las de los sepulcros de corredor más canónicos –por ejemplo, Ciella o la Cabaña– propendían a situarse en un momento algo posterior, dentro del IV milenio, invitando a pensar en una evolución de las arquitecturas, de lo más simple a lo más complejo y más monumental (Delibes y Rojo, 2002; Delibes, 2010). Sin embargo, se trataba de dataciones imprecisas, bien por el llamado “efecto de la madera vieja”, bien por su alta desviación estadística, bien por la imposibilidad de asimilar las muestras a un momento estrictamente pretumular, hecho este último denunciado por la amplísima horquilla temporal de la mayoría de las fechas.

Figura 8. Conjunto de suma de probabilidades de las fechas de los dólmenes analizados en la Lora burgalesa. Dataciones calibradas con el programa OxCal V.4.4. (Bronk Ramsey, 2009) mediante la curva IntCal 20 (Reimer *et al.*, 2020)



Evidentemente, las dataciones sobre series de huesos están en condiciones de ofrecer mucho mejores coordenadas sobre la antigüedad del evento constructivo y sobre la duración de la actividad funeraria. Para ello se han analizado por C-14 entre 10 y 15 huesos de individuos distintos de cada sepulcro, lo que constituye aproximadamente un 30% de la muestra, salvo en dos de ellos, Ciella y Fuentepecina II, en los que fueron datados la totalidad de los individuos calculados a partir del NMI. Los resultados revelan que, considerados los dólmenes como un conjunto, el principal periodo de actividad funeraria, el que cabría considerar propiamente megalítico, abarca todo el IV milenio a. C., superando levemente los mil años. El periodo de uso neolítico de las tumbas lorigas habría finalizado, pues, a comienzos del III milenio a. C. Entonces fue abandonado (Santa Cruz, 2022).

La más antigua de las fechas obtenidas, de los albores del IV milenio a. C., corresponde al dolmen de Ciella, e inmediatamente a continuación, entre 3800 y 3600, se sitúan distintos eventos de enterramiento de Fuentepecina, San Quirce y el propio Ciella. Tampoco faltan algunas dataciones similares en los grandes sepulcros de corredor de las Arnillas o la Cabaña, aunque sus mayores concentraciones se produzcan a partir del 3500, en paralelo a la totalidad de los enterramientos de la cista de Villaescusa. En principio, estos datos no son consistentes con la hipótesis de una evolución de la arquitectura simple a la monumental, por más que la tendencia en los grandes sepulcros de corredor sí sea a la concentración del enterramiento en las fases más avanzadas del megalitismo.-

La batería de nuevas fechas sostiene que la actividad funeraria en los dólmenes de La Lora comenzó no a fines del V milenio, como sugerían las dataciones infratumulares, sino hacia 3800-3700 a. C., al mismo tiempo que en los monumentos burgaleses del Alto del Reinoso (Alt *et al.*, 2016) y del Silo (Moreno *et al.*, 2010-2012), que en las tumbas-calero sorianas de la Sima, la Tarayuela y la Mina –según las dataciones realizadas a partir de hueso humano– (Rojo *et al.*, 2005) o que en el dolmen de Los Zumacales en el valle medio del Duero (Santa Cruz *et al.*, 2020b). Se trata de una horquilla temporal para nada disonante dentro del contexto megalítico del interior peninsular, aunque se revela algo posterior a una primera fase de implantación más próxima a la segunda mitad del V milenio de acuerdo con algunas dataciones sobre hueso humano procedentes de la Meseta Sur como Azután o El Castillejo (Bueno *et al.*, 2016).

La etapa funeraria propiamente megalítica o “clásica” de La Lora abarcaría globalmente, pues, desde c. 3800 cal a. C. a los comienzos del III milenio a. C. Un estudio caso por caso permite reconocer, empero, que cada tumba tuvo su propio comportamiento: los minidólmenes de Fuentepecina, como dijimos, solo estuvieron en funcionamiento hasta aproximadamente el 3500 a. C. y la cista de Villaescusa no inició su andadura sino a partir de ese momento. En estos dos casos no parece muy procedente, por tanto, hablar de tumbas de larga duración, de tumbas para la eternidad, algo que sí conviene a los grandes sepulcros de corredor, con una representación de depósitos multiépoca que pueden cubrir, como en las Arnillas, casi un milenio. Y con ello regresamos a una idea ya expuesta: tan bajo número de enterramientos distribuido en un tan dilatado periodo de tiempo no hace sino ilustrar que la tasa de deposición de cadáveres fue extremadamente baja, corroborando que las personas enterradas en los dólmenes fueron una parte muy pequeña de la comunidad.

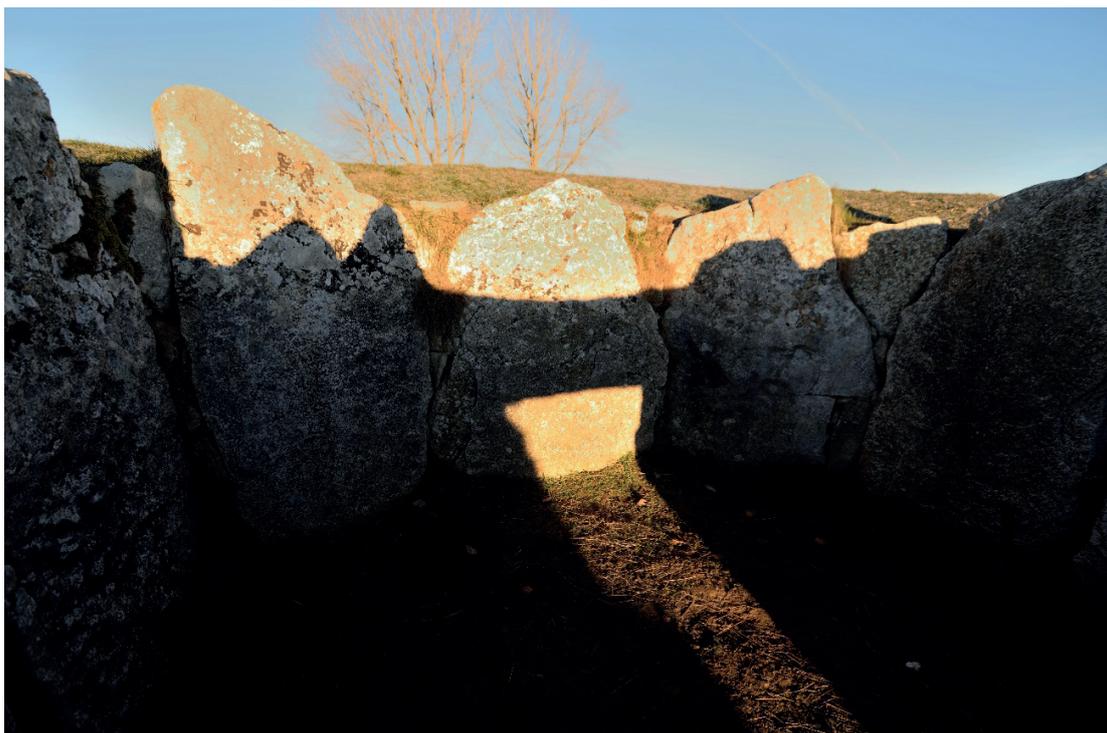
Por tanto, ni panteones para todos ni en todos los casos panteones de trayectoria milenaria, lo cual no es óbice para reconocer en nuestros dólmenes la huella de una reutilización funeraria “postclásica” bastante sistemática, de época campaniforme y similar a la registrada en muchos de los dólmenes del interior peninsular (Maluquer de Motes, 1960; Delibes y Santonja, 1987; Fabián, 1995; Benet *et al.*, 1997; Rojo *et al.*, 2005; Garrido, 2000; Andrés, 2000; Fernández-Eraso y Mujica, 2013 y 2019; Carmona *et al.*, 2014; Martín-Vela *et al.*, 2021). Sendas dataciones sobre hueso humano de las Arnillas y del Moreco

–Poz-101.933: 3650 \pm 35 BP y Poz-104.086: 3640 \pm 35 BP respectivamente– corroboran, en efecto, su reapertura en torno al 2000 a. C. (Santa Cruz *et al.*, 2020a). Esta presencia de enterramientos campaniformes tras un hiato de 800 años de inactividad supone un fenómeno intrusivo en absoluto excepcional en La Lora, pues, como en las Arnillas, también se atestiguan ofrendas de esta época (vasijas Ciempozuelos, brazales de arquero, puntas Palmela) en los dólmenes de la Cotorrita, la Mina y Ciella (Delibes *et al.*, 1982; Santa Cruz *et al.*, 2020a). Todo esto corrobora que, casi un milenio después de decaer en su función originaria, las tumbas colectivas “pervivían en la memoria colectiva como lugares sagrados” (Andrés, 2000; Delibes, 2010), y seguramente también como hitos territoriales legitimadores del nuevo orden social sobrevenido en las postrimerías del Calcolítico (Álvarez-Vidaurre, 2006).

5. EL DOLMEN COMO DEPÓSITO DE ENTERRAMIENTOS PRIMARIOS, PERO NO AJENO AL FENÓMENO DE LOS “MUERTOS EN MOVIMIENTO”

Los osarios megalíticos son una amalgama caótica de huesos resultante de la acumulación de esqueletos, lo cual llevó a los primeros investigadores a creer que este tipo de espacios sepulcrales eran depósitos funerarios secundarios, propios de enterramientos en dos tiempos. Sin embargo, gracias al estudio exhaustivo de los osarios y a la excavación minuciosa de determinados sepulcros (por ejemplo, Masset, 1972), esta hipótesis, todavía muy arraigada hace medio siglo (Delibes, 1995; Renfrew, 1976 y 1983), ha ido dando paso a otra que rechaza la idea de un pudridero y del traslado al dolmen de solo una selección de huesos ya descarnados. El reciente estudio de los osarios de La Lora también ha contribuido a esta moderna lectura, aunque ya en las primeras memorias de excavación se atisbaba algo de ello: en la de las Arnillas, por ejemplo, se reconocía el hallazgo *in situ* de elementos del tórax en conexión y se mencionaban esqueletos en los que la columna vertebral permanecía parcialmente unida a la pelvis (Delibes *et al.*, 1986; Delibes, 1995: 67-68).

Figura 9. Dolmen de la Cabaña (Sargentos de La Lora). Los rayos del sol únicamente aciertan a adentrarse por el corredor y a iluminar el interior de la cámara en un momento muy concreto del año: el solsticio de invierno



Otro argumento para defender la condición primaria de muchos de los enterramientos dolméticos lorigos es la representación de todos los elementos anatómicos sin excepción, incluidos huesos pequeños, pues se ajusta a los resultados de descomposición *in situ* contemplados para inhumaciones de este tipo (Duday *et al.*, 1990; Roksandic, 2002; Duday, 2006). Tales conclusiones son el resultado de aplicar una técnica de estudio, la representación anatómica del conjunto del osario, que consiste en comparar el porcentaje de cada parte del esqueleto recuperado en la muestra en relación con el esperado (Lyman, 1994; Bello y Andrews, 2006). Los índices de representación obtenidos en los dólmenes de La Lora, que muestran una gran similitud con los de otras tumbas del norte peninsular (Fernández-Crespo, 2015; Zapatero, 2015), revelan la presencia en nuestras colecciones de restos procedentes de conexiones lábiles que, en condiciones normales se habrían perdido en el traslado de huesos de una deposición secundaria, de lo cual se deduce que la descomposición de muchos de los individuos hubo de producirse *in situ*, en la propia cámara.

Pero no es menos cierto que en varios osarios se observa un patrón mayoritario de conservación de aquellos elementos más resistentes al paso del tiempo, como los huesos largos densos. Es posible que la tendencia a la sobrerrepresentación de estos se deba a su condición de elementos residuales de ciclos de enterramiento antiguos como los que, recurriendo al estudio de los dientes (Boz y Hager, 2014; Robb, 2016; Aranda *et al.*, 2020), creímos advertir en Ciella. Y todo ello nos lleva a pensar que, tras cada ciclo de enterramiento, las limpiezas y reducciones debieron ser frecuentes, hipótesis que respalda la no excepcional recuperación de huesos pequeños de momentos anteriores a los ciclos principales (Aranda *et al.*, 2020; Santa Cruz, 2022). Sin defender necesariamente la idea de un pudridero previo, sí existen evidencias, por tanto, de que los osarios acogieron enterramientos de individuos en distintas fases de descomposición del cuerpo (Masset, 1972 y 1987; Duday, 1987 y 1990; Cauwe, 1997; Smith y Brickley, 2009).

Aparte de ello, se han detectado también indicios claros de manipulaciones *post mortem*. En esta casuística cabría la agrupación de más de una docena de cráneos localizada en el pasillo de las Arnillas, un depósito sin duda intencional que se inscribe en la tradición de “nidios de cráneos” de raíces mesolíticas (Delibes *et al.*, 1986: 16; Cauwe, 1997; Schulting, 2015; Robb, 2016; Smith y Brickley, 2009; Villalobos, 2014). E idéntico patrón selectivo se adivina tras un fajo de huesos largos, sobre todo fémures, detectado en el sepulcro de San Quirce. Lo que no resulta más problemático es determinar si tales depósitos son fruto de una combinación de enterramientos de distinta naturaleza, primarios y secundarios, en el mismo espacio funerario, o simple resultado de una voluntad de separar del resto del osario, en zona aparte, los elementos esqueléticos más grandes, más resistentes y, tal vez, más representativos del cuerpo.

En todo caso, encontramos clara prueba de que la norma del enterramiento primario no fue absoluta ni extrapolable al total de los dólmenes en el sepulcro de Fuentepecina 2, con, una cronología recordemos, de la primera mitad del IV milenio. Aquí sorprenden, comparativamente hablando, las elevadas proporciones de cráneos y huesos largos, lo que hace pensar en enterramientos secundarios o en dos tiempos (Ucko, 1969; Hertz, 1990). Una posible explicación es que en este dolmen simple convivieran depósitos de diferente naturaleza, hecho tampoco excepcional (Duday, 1987; Leclerc, 1990), pues en los megalitos cameranos de Peña Guerra II, Collado del Mallo, Fuente Morena y Collado Palomero I, por más que predominen las inhumaciones primarias, estas simultanearon con otras secundarias (Fernández-Crespo, 2015). No es de extrañar que la complejidad de los gestos funerarios identificados en este tipo de contextos responda al amplio marco cronológico en el que se desarrollaron tales prácticas (Tejedor, 2014).

Además, la selección aparentemente intencional de determinados elementos esqueléticos especialmente significativos, como los cráneos de Las Arnillas o los fémures de San Quirce, es algo que lleva siendo observado desde el comienzo de los estudios sistemáticos de los osarios dolménicos (Masset, 1972 y 1987) y probablemente guarde relación con unos rituales específicos, distintos de los generales del osario. Nos referimos a prácticas relacionadas con el fenómeno denominado por Cauwe (1997) de “muertos en movimiento”, es decir, la selección de determinados restos para que circularan inclusive fuera del dolmen, en el espacio habitacional, con el fin de reforzar el vínculo entre vivos y muertos, y de conseguir la protección de los antepasados (Bellido y Gómez, 1996).

6. CONCLUSIONES

Como ha podido verse a lo largo de estas páginas, los contextos funerarios prehistóricos son una rica fuente de información sobre los modos de vida de estos momentos. Aun considerando que desconocemos casi en su totalidad los hábitats de las comunidades tardoneolíticas de La Lora, que conocemos indirectamente y muy poco sobre sus prácticas económicas y que muchos de los dólmenes han sido intervenidos arqueológicamente en un importante estado de remoción y destrucción por el paso de los tiempos y las gentes, debe reconocerse que los sepulcros megalíticos han sido y siguen siendo un filón que trabajar.

Los estudios de los últimos tiempos sobre las construcciones, los restos óseos y los ajuares funerarios nos han permitido realizar varias inferencias sobre los modos de vida, organización social y funcionamiento de la práctica estrictamente funeraria del megalitismo loriego: 1) algunos de estos monumentos habrían necesitado de una gran fuerza de trabajo, que involucraría a un mayor número de personas de las que vivieran en su entorno inmediato o también de las que luego recibieron sepultura en el monumento; 2) existió un reclutamiento selectivo que restringió el acceso al dolmen a los niños –especialmente menores de 5 años–, y que, aun con los problemas metodológicos de la identificación del sexo en los huesos de estos contextos, creemos que también afectó, aunque con menos intensidad, al acceso de las mujeres; 3) entre la población ya de por sí seleccionada para recibir sepultura en el dolmen hay algunas pocas personas que emplearon adornos de origen exótico que seguramente procedieran de circuitos de intercambio y que habrían funcionado como marcadores de estatus; 4) contamos con dataciones radiocarbónicas de muestras representativas de los inhumados que demuestran que, aunque los enterramientos se extendieron a lo largo de todo el IV milenio a. C., no se produjeron de forma regular y continua, sino concentrada en momentos puntuales; y 5) si bien hay partes esqueléticas que confirman una pauta general de enterramiento también se constata que determinados huesos –cráneos, huesos largos– recibieron una atención especial, revelando por tanto que existió en ocasiones un tratamiento secundario de los restos.

A pesar de contar con características comunes –monumentalidad funeraria y enterramientos colectivos–, los dólmenes de La Lora revelan no solo la existencia de una heterogeneidad arquitectónica ya destacada por nosotros tiempo atrás, sino que también fueron heterogéneas sus formas de utilización; o al menos más heterogéneas de lo que muchas veces se ha venido pensando. Se dieron momentos de utilización más intensa junto con reaperturas y depósitos esporádicos a lo largo del tiempo, se celebraron inhumaciones primarias junto con manipulaciones y reorganizaciones de huesos, y se emplearon recurrentes ajuares funcionales, monótonos e igualitarios, junto con algunos escasos artefactos exóticos y de prestigio. Todo esto denota que las comunidades tardoneolíticas loriegas no se limitaron a repetir una misma aburrida pauta funeraria generación tras generación durante un milenio, sino que esta, lejos de quedar congelada en el tiempo, se organizó y expresó de múltiples formas de las que ahora solo podemos entrever algunos fogonazos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acsádi, G. y Nemeskéri, J. (1970): *History of Human Life, Span and Mortality*. Budapest, Akadémiai Kiadó.
- Alesan, A., Malgosa, A. y Simó, C. (1999): "Looking into the demography of an Iron Age population in the Western Mediterranean. I. Mortality". *American Journal of Physical Anthropology*, 110(3): 285-301.
- AlQahtani, S. J., Hector, M. P. y Liversidge, H. M. (2010): "Brief communication: The London atlas of human tooth development and eruption". *American Journal of Physical Anthropology*, 142(3): 481-490.
- (2014): "Accuracy of dental age estimation charts: Schour and Massler, Ubelaker and the London Atlas". *American Journal of Physical Anthropology*, 154(1): 70-78.
- Alt, K. W., Zesch, S., Garrido-Pena, R., Knipper, C., Szécsényi-Nagy, A., Roth, C., ... y Rojo-Guerra, M. A. (2016): "A community in life and death: The late neolithic megalithic tomb at Alto de Reinoso (Burgos, Spain)". *PLoS ONE*, 11(1).
- Álvarez-Vidaurre, E. (2006): "Percepción y reutilización de monumentos durante la prehistoria reciente: El caso de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 14: 117-150.
- Andrés-Rupérez, M. T. (2000): "El espacio funerario dolménico: abandono y clausura". *Saldvie*, 1: 59-76.
- Aranda, G., Díaz-Zorita, M., Hamilton, D., Milesi, L. y Sánchez, M. (2020): "The radiocarbon chronology and temporality of the megalithic cemetery of Los Millares (Almería, Spain)". *Archaeological and Anthropological Sciences*, 12(5): 1-17.
- Balzeau, A., Turq, A., Talamo, S. et al. (2020): "Pluridisciplinary evidence for burial for the La Ferrassie 8 Neandertal child". *Scientific Reports*, 10, 21230.
- Barrett, J. C. (1988): "The living, the dead and the ancestors: Neolithic and Early Bronze Age mortuary practices". En J. C. Barrett y A. Kinnes (eds.): *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age*. Sheffield: Department of Prehistory
- Beckett, J. y Robb, J., (2006): "Neolithic Burial Taphonomy, Ritual and Interpretation in Britain and Ireland: A Review". En R. Gowland y C. Knüsel, C. (Eds.): *The Social Archaeology of Funerary Remains*. Oxbow, Oxford.
- Bellido, A. y Gómez, J. L. (1996): "Megalitismo y rituales funerarios". *Complutum extra*, 6(1): 141-152.
- Bello, S. y Andrews, P. (2006): "The intrinsic pattern of preservation of human skeletons and its influence on the interpretation of funerary behaviours". En R. Gowland y C. Knüsel (Eds.): *Social archaeology of funerary remains*. Oxford, Oxbow: 1-13.
- Benet, N., Pérez, R. y Santonja M. (1997): "Evidencias campaniformes en el valle medio del Tormes." En *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora 24-27 de septiembre de 1996*. Fundación Afonso Henriques: 449-470.
- Binford, L. R. (1971): "Mortuary Practices: Their Study and Their Potential". *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 25: 6-29.
- Bocquet-Appel, J.P. y Masset, C. (1977) : "Estimateurs en paléodémographie". *L'Homme*, 4: 65-90.
- Boz, B. y Hager, L. (2014): "Making sense of social behavior from disturbed and commingled skeletons: A case study from Çatalhöyük, Turkey". En A. Osterholtz, K. Baustian y D. Martin (Eds.): *Commingled and Disarticulated Human Remains*. New York, Springer: 17-33.
- Bronk Ramsey, C. (2009): "Bayesian analysis of radiocarbon dates". *Radiocarbon*, 51(1), 337-360.
- Brown, D. (1991): *Human universals*. New York, McGraw-Hill.

- Bueno, P., Barroso, R., y de Balbín, R. (2010): "Entre lo visible y lo invisible: registros funerarios de la Prehistoria reciente de la Meseta Sur". En P. Bueno *et al.* (Eds.): *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria Reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en Homenaje a M^a. Dolores Fernández Posse*. Madrid, CSIC: 53-74.
- (2016): "Between east and west: megaliths in the centre of the Iberian Peninsula". En Laporte L. y Scarre Ch. Eds.: *The megalithic architectures of Europe*. Oxford Oxbow books: 157-166. <https://doi.org/10.2307/j.ctvh1dpw8.19>
- Carbonell, E. y Mosquera, M. (2006): "The emergence of a symbolic behaviour: the sepulchral pit of Sima de los Huesos, Sierra de Atapuerca, Burgos, Spain". *Comptes Rendus Palevol*, 5: 155-160.
- Carmona, E., Arnaiz, M. Á. y Alameda, M. C. (2014): "El dolmen de Arroyal I: usos y modificaciones durante el III milenio cal A.C.". En J. Honrado *et al.* (Eds.): *II Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad Tardía (León 2012)*, 2. Valladolid, Glyphos: 41-54.
- Cauwe, N. (1997): "Les morts en mouvement. Essai sur l'origine des rites funéraires mégalithiques". En A. Rodríguez Casal, (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago: 719-737.
- Chamberlain, A. (2006): *Demography in Archaeology*. New York, Cambridge University Press.
- (2009): "Archaeological Demography". *Human Biology*, 81 (3): 275-286.
- Childe, V. G. (1958): *Los orígenes de la sociedad europea*. Madrid, Ciencia Nueva.
- Cintas-Peña, M. y Herrero-Corral, A. M. (2020). "Missing prehistoric women? Sex ratio as an indicator for analyzing the population of Iberia from the 8th to the 3rd millennia BC". *Archaeological and Anthropological Sciences*, 12(11): 1-13.
- Clarke, D. L. (1978): *Analytical archaeology* (Second edition-original 1968). London, Methuen.
- Delibes, G. (1995): "Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la submeseta norte". En R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández (coords.): *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o Medioevo*, Xinzo de Limia, Biblioteca Limiá: 61-94.
- (2000): "Itinerario arqueológico de los dólmenes de Sedano (Burgos)". *Trabajos de Prehistoria*, 57 (2): 89-103.
- (2010): "La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007". En J. Fernández-Eraso, J. y J. Mujika (Eds.): *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Munibe. Suplemento 32. Donostia, Sociedad de Ciencias Aranzadi: 12-56.
- Delibes, G. y Rojo, M. (1997): "C14 y secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos". En A. Rodríguez Casal (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo*. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago: 391-414.
- (2002): "Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en la Lora burgalesa". *Archivo Español de Arqueología*, 75 (185-186): 21-35.
- Delibes, G., Rodríguez-Marcos, J. A., Sanz, C. y del Val, J. M. (1982): "Dólmenes de Sedano I. El sepulcro de corredor de Ciella". *Noticiario Arqueológico Hispanico*, 14: 149-196.
- Delibes, G., Rojo, M. A. y Sanz, C. (1986): "Dólmenes de Sedano II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)". *Noticiario Arqueológico Hispanico*, 27: 7-41.

- Delibes, G., Moreno, M. y Valle, A. del (2011): “Dólmenes de Sedano (Burgos) y criadero cuprífero de Huidobro: Una relación todavía posible”. En P. Bueno *et al.* (eds.): *Arqueología, sociedad, territorio y paisaje. Estudios sobre Prehistoria Reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.^a Dolores Fernández Posse*. Madrid, CSIC: 35-52.
- Delibes, G., Rojo, M. y Represa, I. (1993): *Dólmenes de la Lora*. Valladolid, Junta de Castilla y León.
- Delibes, G. y Santonja, M. (1987): “Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora)”. En *Megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, Asociación de Amigos de la Arqueología: 200-210.
- Díaz-Zorita, M. (2013): *The Copper Age in south-west Spain: A bioarchaeological approach to prehistoric social organisation*. Doctoral dissertation, Durham University.
- Díaz-Zorita, M., Aranda, G., Escudero, J., Robles, S., Lozano, Á., Sánchez, M. y Alarcón, E. (2016): “Estudio bioarqueológico de la necrópolis megalítica de El Barranquete (Níjar, Almería)”. *Menga*, 7: 71-98.
- Díaz-Zorita, M., Aranda, G., Robles, S., Escudero, J., Sánchez, M. y Lozano, Á. (2017): “Estudio bioarqueológico de la necrópolis megalítica de Panoría (Darro, Granada)”. *Menga*, 8: 91-114.
- Dietrich, O., Köksal-Schmidt, Ç, Notroff, J. y Schmidt, K. (2013): “Establishing a Radiocarbon Sequence for Göbekli Tepe. State of Research and New Data”. *Neo-Lithics*, 1/13: 36-41.
- Duday, H. (1987): “Organisation et fonctionnement d’une sépulture collective néolithique. L’aven de la Boucle à Corconne (Gard)”. En *Anthropologie physique et archéologie: méthodes d’étude des sépultures*. Paris, CNRS: 89-104.
- (2006): « L’Archéothanatologie ou l’archéologie de la mort. Translated by Knüsel”. En Gowland R.L. and Knüsel, C.J. (Eds.) *Social Archaeology of Funerary Remains*. Oxford, Oxbow Books: 30-56.
- Duday, H., Courtaud, P., Crubezy, É., Sellier, P. y Tillier, A. M. (1990): «L’Anthropologie «de terrain»: reconnaissance et interprétation des gestes funéraires”. *Bulletins et Mémoires de La Société d’Anthropologie de Paris*, 2(3): 29–49.
- Fabián, J. F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte*. Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Ferembach, D., Schwidetzky, I. y Stloukal, M. (1980). “Recommendations for Age and Sex Diagnoses of Skeletons”. *Journal of Human Evolution*, 9: 517–549.
- Fernández-Crespo, T. (2015): “Aportación de la Arqueoantropología a la interpretación de la dinámica sepulcral de las tumbas megalíticas de Cameros (La Rioja, España)”. *Trabajos de Prehistoria*, 72(2): 218–237.
- Fernández-Crespo, T. y de la Rúa, C. (2015): “Demographic evidence of selective burial in megalithic graves of northern Spain”. *Journal of Archaeological Science*, 53: 604-617.
- (2016): “Demographic differences between funerary caves and megalithic graves of northern Spanish Late Neolithic/Early Chalcolithic”. *American Journal of Physical Anthropology*, 160(2): 284-297.
- Fernández-Eraso, J. y Mujica, J. A. (2013): “The megalithic station of the Rioja Alavesa: chronology, origins and utilisation cycles”. *Zephyrus*, 71: 89-106.
- Furholt, M. y Müller, J. (2011): “The earliest monuments in Europe: architecture and social structures (5000-3000 cal BC)”. En M. Furholt, F. Lüth y J. Müller (eds.): *Megaliths and Identities. Early Monuments and Neolithic Societies from the Atlantic to the Baltic*. Bonn: R. Habelt: 15-32.

- Gallay, A. (2006): *Les sociétés mégalithiques. Pouvoir des hommes, mémoires des morts*. Lausanne, Le savoir suisse.
- Garrido-Pena, R. (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 AC.)* (Vol. 892). BAR International Series, Oxford.
- Gil-Merino, R., Moreno, M., Delibes, G., Villalobos, R. (2018): "Luz para ver y ser vista: los efectos de la iluminación solar durante el solsticio de invierno en los dólmenes de corredor de la provincia de Burgos". *Munibe*, 69: 157-175.
- Guerra, E., Delibes, G., Zapatero, P. y Villalobos, R. (2009): "Primus Inter Pares: Estrategias de diferenciación social en los sepulcros megalíticos de la Submeseta Norte española". *BSAA Arqueología*, 75: 41-65.
- Hertz, R. (1990): *La muerte y la mano derecha*. Alianza Universidad n.º 637, Madrid.
- Huidobro, L. (1957): "Descubrimiento megalítico en Nocado (Sedano)". En *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, Institución Fernando El Católico: 125-126.
- Larsen, C. (1995): "Biological Changes in Human Populations with Agriculture". *Annual Review of Anthropology*, 24(1): 185-213.
- Leclerc, J. (1990) : « La notion de sépulture ». *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 2(3): 13-18.
- Ledermann, S. (1969): *Nouvelles tables-types de mortalité*. Paris, PUF (Travaux et Documents, 53).
- Livi-Bacci, M. (1990): *Historia mínima de la población mundial*. Ariel, Barcelona.
- Lyman, R. L. (1994): "Quantitative units and terminology". *Zooarchaeology*, 59(1): 36-71.
- Maluquer de Motes, J. (1960): "Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta". *Zephyrus*, 11: 119-130.
- Martín-Vela, R., Delibes, G. y Municio, L. (2021): "Megalitos al norte de la Sierra de Guadarrama: primicias de la excavación del dolmen de Santa Inés en Bernardos (Segovia)". *CuPAUAM*, 47(2): 11-38.
- Martinón-Torres, M., d'Errico, F., Santos, E. et al. (2021): "Earliest known human burial in Africa". *Nature*, 593: 95–100.
- Masset, C. (1971): « Erreurs systématiques dans la détermination de l'âge par les sutures crâniennes ». *Bulletins et Mémoires de la Société d'anthropologie de Paris*, 7(1): 85-105.
- (1972): "The megalithic tomb of la Chaussée-Tirancourt." *Antiquity*, 46(184): 297-300.
- Masset, C. (1987): « Le recrutement d'un ensemble funéraire ». En H. Duday, H. y C. Masset (eds.): *Anthropologie physique et archéologie: méthodes d'études des sépultures*. Bordeaux, CNRS: 111-134.
- Moreno, M. (2004): *Megalitismo y Geografía. Análisis de los factores de localización espacial de los dólmenes de la provincia de Burgos*. Studia Archaeologica, n.º 93. Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Moreno, M., Delibes, G., López-Sáez, J. A., Manzano, S., Villalobos, R., Fraile, A. y Basconcillos, J. (2010-2012): "Nuevos datos sobre una alineación de menhires en el norte de Burgos: el yacimiento de Las Atalayas, en Avellanosa del Páramo (Burgos)". *Sautuola*, 16-17: 71-93.
- Moreno, M., Delibes, G. Villalobos, R. y Basconcillos, J. (2020): *Tumbas de Gigantes. Dólmenes y túmulos en la provincia de Burgos*. Diputación Provincial de Burgos.
- (2021): *Territorio Megalítico*. Burgos, Agrupación de Municipios Territorio Megalítico.

- Reimer, P. J., Austin, W. E., Bard, E. y Talamo, S. (2020): "The IntCal20 Northern Hemisphere radiocarbon age calibration curve (0–55 cal kBP)". *Radiocarbon*, 62(4): 725-757.
- Renfrew, C. (1972): *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.* London, Methuen.
- (1976): "Megaliths, territories and populations". En S. J. Laet (Ed.): *Acculturation and continuity in Atlantic Europe Mainly during the Neolithic period and the Bronze Age*. Papers presented at the IV Atlantic Colloquium. Brugge, De Tempel: 198-220.
- (1983): "The social archaeology of megalithic monuments". *Scientific American*, 249(5): 152-163.
- Robb, J. (2016): "What can we really say about skeletal part representation, MNI and funerary ritual? A simulation approach". *Journal of Archaeological Science: Reports*, 10: 684-692.
- Rojo Guerra, M. Á. (1990): "Monumentos megalíticos de la Lora Burgalesa: Exégesis del emplazamiento". *Boletín Del Seminario de Estudios de Arte y arqueología: BSAA*, 52: 53-63.
- (1993): *El fenómeno megalítico en la Lora burgalesa*. Tesis doctoral mecanografiada. Universidad de Valladolid.
- Rojo, M.A., Delibes, G., Edo, M. y Fernández, J.L. (1995): "Adornos de calaíta en los ajueres dolméricos de la Provincia de Burgos: Apuntes sobre su composición y procedencia". *Rubricatum*, 1: 239-250.
- Rojo, M., Kunst, M., Garrido, R., García, I. y Morán, G. (2005): *Un desafío a la eternidad: tumbas monumentales en el valle de Ambrona*. Arqueología en Castilla y León (Vol. 14). Valladolid, Junta de Castilla y León.
- Roksandic, M. (2002): "Position of skeletal remains as a key to understanding mortuary behavior". En Haglund, W. D. y Sorg, M. H. (Eds.): *Advances in forensic taphonomy: method, theory, and archaeological perspectives*: 99-117.
- Sánchez-Quinto, F., Malmstrom, H., Fraser, M. y Jakobsson, M. (2019): "Megalithic tombs in western and northern Neolithic Europe were linked to a kindred society", *PNAS*, 116 (19): 9469-9474.
- Santa Cruz, A. (2022): *Caracterización antropológica y temporalidad de los sepulcros megalíticos de la Lora (Burgos)*. Tesis doctoral (inédita). Universidad de Valladolid.
- Santa Cruz, A., Delibes, G. y Villalobos, R. (2020a): "Sobre la impronta campaniforme en los dólmenes de la Lora (Burgos): dataciones de C-14 y naturaleza funeraria". En *Estudios In memoriam Prof. Emilio Illarregui*. Segovia, IE Universidad: 23-39.
- (2020b): "Nueva serie de dataciones radiocarbónicas sobre hueso humano para el dolmen de Los Zumacales (Simancas, Valladolid)". *Trabajos de Prehistoria*, 77(1): 130-147.
- Schulting, R. J. (2015): "Mesolithic skull cults?". En K. von Hackwitz y R. Peyroteo-Stjerna (eds.): *Ancient Death Ways*. Institutionen för arkeologi och antik historia, Uppsala: 19-46.
- Schulz Paulsson, B. (2019): "Radiocarbon dates and Bayesian modeling support maritime diffusion model for megaliths in Europe". *PNAS*, 116, 9: 3460-3465.
- Séguy, I. y Buchet, L. (2013): *Handbook of Palaeodemography*. London: Springer.
- Sellier, P. (1996): "La mise en évidence d'anomalies démographiques et leur interprétation: population, recrutement et pratiques funéraires de tumulus de Courtesoult". En J. F. Piningre (ed.): *Nécropoles et société au première Âge du Fer: le tumulus de Courtesoult (Haute-Saône)*. Paris: Maison des Sciences d l'Homme, 54: 188-202.

- Sherratt, A. (1990): "The genesis of megaliths: Monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe". *World Archaeology*, 22(2), 147-166.
- Silva, A. M. (2003): "Portuguese populations of late Neolithic and Chalcolithic periods exhumed from collective burials: an overview". *Anthropologie*, 41(1-2): 55-64.
- Smith, M. y Brickley, M. (2009): *People of the long barrows: life, death and burial in the earlier Neolithic*. Stroud, History Press.
- Stloukal, M. (1974): "Recherches paléodémographiques en Tchécoslovaquie". *Historická demografie*, 7: 5-28.
- Tejedor Rodríguez, C. (2014): "Reconstruyendo 'biografías megalíticas': algunos ejemplos de alteraciones estructurales en monumentos megalíticos del valle del Duero". En *Actas de Las II Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero*. Glyphos: 67-86.
- Thomas, J. (1991): *Rethinking the Neolithic*. London, Cambridge University Press.
- Tilley, C. (1984): "Ideology and the legitimation of power in the middle neolithic of southern Sweden". En D. Miller y C. Tilley (Eds.): *Ideology, power and prehistory. New directions in archaeology*. Cambridge university press, Nueva York: 111-146.
- Ucko, P. J. (1969): "Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains". *World archaeology*, 1(2): 262-280.
- Villalobos García, R. (2014): "The megalithic tombs of the Spanish Northern Meseta. Material, political and ideological ties between the Neolithic people and their territory". *Préhistoires Méditerranéennes, (Colloque)*, 1-17. [http:// pm.revues.org/1047](http://pm.revues.org/1047)
- (2015): *Análisis de las transformaciones sociales en la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte Española (milenios VI-III cal a. C.) a través del empleo de la variscita y otros minerales verdes como artefactos sociotécnicos*. [Universidad de Valladolid]. <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/16693>
- (2016): Análisis de las transformaciones sociales en la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte Española (milenios VI-III cal a.C.). *Studia Archaeologica*, 101. Universidad de Valladolid.
- (2016): Una aproximación cuantitativa al trabajo destinado a la arquitectura monumental en la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte Española. *SPAL-Revista de Prehistoria y Arqueología*, (25), 43-66.
- Zapatero, P. (2012): "El sepulcro de La Velilla, en Osorno (Palencia), dentro del marco del fenómeno megalítico de la Meseta Norte". *Patrimonio Histórico de Castilla y León*, 46: 51-58.
- (2015): *El Neolítico en el Noroeste de la Cuenca del Duero: el yacimiento de La Velilla en el Valle del Valdivida (Palencia)*. Tesis doctoral mecanografiada: Universidad de Valladolid.